

Empar Fernández

*Mentiras capitales*

Alianza Editorial

*Reservados todos los derechos.  
El contenido de esta obra está protegido por la Ley,  
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes  
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren,  
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,  
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada  
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier  
medio, sin la preceptiva autorización.*

© Empar Fernández, 2010  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2010  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; telef. 91 393 88 88  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)  
ISBN: 978-84-206-5146-0  
Depósito legal: M. 30.313-2010  
Composición: Grupo Anaya  
Impreso en Ejca, S. A.  
Printed in Spain

---

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE  
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

---

## *Índice*

11	Primera parte
227	Segunda parte
283	Epílogo



El que aspira a acercarse a su propio pasado sepultado debe comportarse como el que exhuma un cadáver.

WALTER BENJAMIN

Cuando creíamos que teníamos todas las respuestas, de pronto, cambiaron todas las preguntas.

MARIO BENEDETTI

Todo encuentro casual es una cita previa.

JORGE LUIS BORGES



## PRIMERA PARTE



*Puerto de Barcelona,  
1 de abril de 1942*

El *San Marcos* zarpa el 4 de abril, dentro de tres días. No es mucho tiempo y no habrá otras oportunidades; la compañía no puede esperar. Eso es lo que me ha dicho Andreu confidencialmente, que están apurados y no pueden esperar, que es ahora o nunca. Por eso sé que debo armarme de valor y afirmar lo que no es iluminado por una convicción que no encuentro en mi interior por ninguna parte. Y si no la hallo, es porque no existe. Nunca antes he hecho nada parecido; por eso me tiemblan las manos, y sólo espero que mi voz no flaquee ni me delaten los ojos humillados. Si creyera en rezos y en jaculatorias, estaría ahora mismo por la enésima oración, pero no es así, no me enseñaron los míos a creer en los aparecidos. Sólo creo en mí mismo, en todo lo que he aprendido, en todo lo que he visto. Sólo yo sé lo que está en juego, nadie más; por eso las piernas apenas me llevan y mis tripas parecen trapos retorcidos.

No me he atrevido a decirle nada a Ángela; me habría impedido venir hasta aquí; de eso estoy seguro. Lo habría hecho. No sé cómo, pero no estaría ahora plantado en una antesala destartalada a pocos pasos del mar y a punto de entrar en un despacho en el que se decidirá mi vida. Necesito lo que mi madre llamaba presencia de ánimo. Nunca supe de qué se trataba; sólo lo entiendo a medias por su oposición; comprendo que es lo contrario de la ausencia de valor, de la falta de coraje. Presencia de ánimo, pues. De ánimo y de ánima, porque de todo necesito para abandonar esa mesa con un contrato en las manos. Y adelante con los faroles, y nunca mejor ni más acertadamente dicho.

El hombre que me precede ante la puerta del despacho y que, si no me equivoco, también aspira a un empleo tiene la piel recia del marino viejo, lleva barba de varios días y viste una camisa clara de manga corta que pide a gritos agua y jabón. Calza zapatillas de esparto y se ciñe los pantalones holgados con una cuerda trenzada. Tiene las manos en los bolsillos y un cigarrillo entre los dientes que no aparta de su boca en ningún momento, ni para sacudir la ceniza. Se limita a esperar que caiga, no importa dónde. No parece tener prisa ni acusar la impaciencia. Ha clavado la vista en la ventana y contempla el muelle, en el que dos hombres jóvenes intentan arrancar el óxido de unas vigas de metal armados con unas rasquetas pequeñas. Ríen y se provocan, y el marino del cigarrillo en ristre sonrío también sin pretenderlo. Puedo ver que le faltan un par de dientes y que en uno de los vacíos de la mandíbula inferior

encaja la embocadura del cigarrillo. No parece necesitar más ánimo del que carga a cuestas.

Yo no consigo dejar de pensar en lo que estoy a punto de hacer.

Un empleado abandona el despacho y le indica al hombre que puede pasar. Me quedo solo frente a la puerta. Solo y a solas con mis dudas, mi pudor y mis cavilaciones. No me distrae mirar a los que rascan el hierro entre pullas y picardías. Mis pensamientos me ocupan por entero, desde la cabeza hasta el corazón encabritado pasando por las tripas enloquecidas, por el vientre que parece a punto de licuarse y caer, por mis rodillas inseguras y por mis pies inquietos y estrujados en unos zapatos demasiado pequeños y demasiado limpios. Parezco yo, pero no lo soy.

Cuando el hombre sale poco después, con una hoja en la mano y un nuevo cigarrillo ensartado en la boca, me acerco hasta la puerta y pido permiso para entrar. Detrás de la mesa, un hombre que apenas conserva algo de pelo en torno a la coronilla parece ocupado en ultimar unas notas. Viste un chaleco gris oscuro sobre una camisa blanca y mal planchada. Escribe y, al hacerlo, resopla como si le fuera la vida.

—Siéntese, no tardo nada —no me mira.

No me lo hago repetir; afortunadamente me siento y dejo de pensar en que pueden fallarme las piernas. Una preocupación menos. Algo es algo.

—Venía usted por... —me pregunta sin levantar todavía la mirada del papel y mostrándome la desangelada coronilla.

—Verá, un amigo me ha informado de que necesitan ustedes con cierta urgencia un médico dispuesto a embarcarse durante unos meses. Un médico que atienda al pasaje y a la tripulación; yo...

—¿Es usted médico? —pregunta con alivio al tiempo que levanta la cabeza y me mira, ahora sí, esbozando una sonrisa.

Acaba de decidir que un médico merece mayor deferencia que la prestada hasta el momento y me alarga la mano. Tiene las pupilas del color de las lentejas y del mismo tamaño y sobre el labio un bigote muy negro, una pincelada leve.

No digo nada, me limito a asentir. Siento que la mentira es menor, venial, si no sale de mis labios. Mis tripas parecen a punto de anudarse bajo la piel, como si mis intestinos se amarraran para no salir corriendo.

—¿Tendrá usted un título? —inquire mordisqueando la pluma.

—No, verá, durante la guerra lo perdimos todo, la casa de mi familia fue bombardeada y... Lo perdimos todo entre los escombros, los documentos, los títulos... No tengo ni partida de nacimiento, pero puedo identificarme, eso sí —remato, y me callo. Por el momento todavía no he mentido.

Soy demasiado cobarde para seguir. No sé qué otra cosa puedo hacer. Espero que la urgencia y la necesidad obren el resto.

—Ya. Entonces... no tiene usted título. No puede usted demostrar que está autorizado para...

—No, ahora no, pero puedo enseñarle un escrito de un doctor amigo mío, un colega, mi maestro. Quizás quiera usted hablar con él para informarse. El doctor Varela ha tenido la amabilidad de escribir unas líneas, él puede asegurarle... Él dará fe de... —insinúo esperando que no llegue a hacerlo.

—A ver, enséñeme esa carta.

Le tiendo un pliego en el que Varela ensalza mis aptitudes, así como mi capacidad para trabajar sin descanso y lo vasto de mis conocimientos. Lo escribió hace unos años, en el 38, lo dirigió a las autoridades sanitarias con el propósito de retenerme a su lado, de que siguiera trabajando con él en las salas del Hospital de Sant Pau. Mis padres acababan de morir durante uno de los bombardeos que asolaron la ciudad. Yo no había finalizado mis estudios, me faltaba muy poco, un par de meses, pero hacía tiempo que era su mano derecha, su hombre de confianza. Primero bajo su supervisión, después a solas, curé, cosí, diagnosticué... Pasaron por mis manos decenas de enfermos, heridos, mutilados, tísicos... Varela confiaba en mí y no tuvo queja.

Extiendo el pliego ante los ojos del hombre que lee y rumia. Las líneas que el empleado de la naviera lee mientras el bigote danza en mitad de su rostro conservan la letra menuda y pulcra de Ernesto Varela y consiguieron retenerme en el hospital salvándome así del frente. Probablemente, tal y como fueron las cosas, me preservaron la vida. Quizás ahora me permitan...

—Esto será suficiente; a tres días de zarpar no podemos andarnos con pamplinas. Anoto que está usted en po-

sesión del título y Dios dirá. No me falle. Necesitamos un médico a bordo, vamos a embarcar pasaje y no nos conviene correr más riesgos de los estrictamente necesarios. Quieren un médico y tendrán un médico. Pero debería usted solicitar una certificación, o que se lo expidan de nuevo lo antes posible. Más que nada para cubrirnos las espaldas y que no nos pillen en un renuncio —me indica mientras me devuelve el escrito que tanto bien me ha reportado hasta el momento.

—Sí, lo haré, descuide, pero preferiría dejar pasar un tiempo. Creo que todavía no me conviene... Ya sabe.

El hombre asiente; ha fijado la vista en la sarta de nombres que componen por el momento la tripulación del *San Marcos*.

—Entiendo, no se preocupe, para muchos la guerra no acabó en el 39. Repítame su nombre, por favor.

—Julián Ibáñez Costa.

—¿Edad?

—Veintinueve años.

—¿Domicilio?

—Ahora vivo en la calle del Carmen número 15; es una pensión, la pensión Ribalta. Como ya le dije, lo perdimos todo.

—Ya, no se preocupe, tomo nota. Si en el futuro cambia usted de domicilio, ya nos lo comunicará.

En la calle del Carmen número 15 se aloja Andreu Ribalta, mi mejor amigo; es la casa de su familia, una familia de fotógrafos. Su madre, bajo mano, alquila un par de habitaciones. Andreu responderá por mí, recogerá mi corres-

pondencia, me la hará llegar, atenderá mis asuntos si los hay y mentirá por mí si es necesario. Con Ángela, mi hermana mayor, no puedo contar, no sé qué es lo que va a decir ni cómo va a reaccionar, pero puedo imaginarlo. El grito en el cielo y todos los reproches de este mundo en los puños y a flor de labios. Ángela tiene miedo, ha perdido tanto y a tantos en unos años... No me maldecirá por disfrazar la verdad, ni por mentir simple y llanamente, ya no le quedan escrúpulos. ¿A quién le quedan miramientos?, ¿y de qué le servirían? La verdad importa bien poco y no ayuda a seguir con vida. Ángela lo sabe, todos lo saben. Pero escupirá sobre mi sombra por dejarla completamente sola en una ciudad que la guerra ha devastado. El que no ha muerto ha huido, y el que no ha salido del país se esconde o ha ido a dar con sus huesos en prisión. ¡Pobre Ángela, ya ni recuerdo cómo era su risa!

—No importa. ¿Conoce usted las condiciones? —pregunta con un ligero gesto de fastidio mientras acaba de anotar. Nada parece importar. Debe de haber repetido las mismas cosas una decena de veces; por eso escatima el interés.

—Aproximadamente —miento, y esta vez lo hago a medias; aunque las desconozca, algo he oído.

La verdad es que no sé gran cosa, casi nada. Lo poco que he entendido junto a la barra de un bar de labios de Andreu. Él no sabía mucho más, sólo que para zarpar necesitaban un médico. Reunir la tripulación no es difícil; son malos tiempos, y un trabajo que te asegura el pan tiene muchos pretendientes. Yo sólo espero un salario digno y poder ejercer la medicina; el resto apenas importa.

El hombre me explica cuatro cosas que no escucho. El sueldo, el calendario aproximado, las dimensiones del barco, su velocidad, su carga, su eslora... Me habla del pasaje y de la tripulación enrolada hasta el momento, pero no retengo casi nada de lo que me dice. Creo entender que el salario es generoso, pero soy incapaz de atender a sus palabras. Sólo pienso en que acaba de anotar que estoy en posesión de un título del que carezco y en que acabo de comprometerme a trabajar, como único médico a bordo, en un mercante del que sólo conozco el nombre, el *San Marcos*.

Me repite que el destino es Veracruz, México.

—¿Ha navegado usted antes?

—No.

El hombre tuerce el gesto y el bigote, meneando la cabeza y sacude una mano. No es un buen augurio, pero no me detengo a pensar. Acaba de ensuciar el listado con una gota de tinta que se ha desprendido al agitar la pluma y parece fastidiado. Resopla de nuevo y se limpia el sudor de las manos en la camisa, cuyo aspecto empeora un poco más.

—Quizás le cueste a usted acostumbrarse; los primeros viajes no siempre son fáciles; algunos no los llevan bien; hay quien ha renunciado al trabajo y ha desembarcado en el primer puerto. Espero que no sea ése su caso; nos hace usted mucha falta. Si quiere echar un vistazo... El *San Marcos* está en este mismo muelle, lo verá enseguida, no tiene pérdida. Pida usted que le dejen subir; le pueden enseñar el camarote, la enfermería... El capitán debe de an-

dar a bordo; si no lo encuentra, pregunte usted por cualquier oficial; estarán contentos de verle; esperaban un médico como agua de mayo. Yo le acompañaría, pero estoy acabando de cerrar la tripulación y...

—Lo comprendo, no se preocupe —le tiendo la mano mientras me pongo en pie; el hombre me la estrecha levemente, con desidia, como si me dejara la mano en préstamo.

Esta vez el resoplido, por ambas partes, es de alivio.

Cuando de nuevo piso el muelle y el aire que llega de mar adentro se estrella contra mi cara, experimento una sensación de vértigo cercana al desmayo, como si fuera a desplomarme de un momento a otro sobre el hormigón húmedo y sucio junto a los jóvenes que todavía rascan las vigas y que no han dejado de reír. Se me aflojan las piernas y un gran peso se instala a la altura de mi estómago. Me apoyo en un muro y contemplo el mar mientras intento recobrar el control sobre mi cuerpo. No visitaré el *San Marcos*, no ahora, no podría. Me falta valor, se acaba de ausentar el ánimo. Ha pasado el mal trago, uno de ellos, pero no lo ha hecho sin secuelas. Quizás lo haga mañana, cuando la mentira no mentada deje de abrasarme los labios.

Respiro hondo durante un buen rato; estoy asustado, sobrecogido, como si acabara de cometer un crimen.

Pasados unos minutos, cuando creo que mis piernas sobrellevarán el peso de mi cuerpo y una reserva de ánimo hace nuevamente acto de presencia, echo a andar muy despacio. Sería incapaz de correr o de apretar el paso. No ten-

go prisa, no sé si quiero llegar. Atravieso las calles en dirección a casa. Una casa tan reducida que no merece tal nombre. Pero Ángela y yo nos obstinamos en llamarla así en recuerdo de una remota y mejor, la casa en la que nacimos, crecimos y vivimos ambos hasta que un avión italiano la bombardeó a mediados de marzo de 1938, cuando la ciudad era una llaga. Mis padres quedaron entre los escombros. Ángela y yo tuvimos mejor suerte. Ambos habíamos salido pronto; al volver, primero ella, después yo, sólo quedaba un puñado de bomberos exhaustos deambulando con cara de derrota sobre montañas de cascotes y de cuerpos aplastados. Los vecinos más afortunados, los que no habían perdido parientes entre los muros caídos, retiraban como podían los enseres domésticos que rescataban de entre los fragmentos amontonados de sus casas. El resto arañaba las piedras intentando retirarlas en busca de cuerpos con vida, a la caza y captura de un milagro que no tuvo lugar.

Hoy, a principios de abril de 1942, nuestra casa no es más que una habitación no muy grande, con derecho a cocina, que hemos realquilado a un amigo de mi padre, un buen amigo que no supo decir que no pese a no necesitarlo. Una única alcoba con una antesala diminuta en la que dormimos ambos, una cama junto a la otra, no hay más espacio. Ángela pasa en ella muchas horas con la máquina de coser que recuperó de entre las ruinas y que plantó en la minúscula antesala, arrimada a la ventana para aprovechar mejor la luz. Vencida sobre la tela, cose cuanto puede, día y noche, sin tregua, intentando no hacer demasiado

ruido, no molestar. No se mueve de allí; lo justo para comprar cuatro cosas y regresar al pedal, siempre junto a la misma ventana no muy grande desde la que sólo divisa el destartalado edificio de enfrente.

Mientras tanto yo, pasada la guerra y abandonado por la fuerza el hospital y la tutela de Varela, me gano unas pesetas descargando sacos de harina en una fábrica cercana, acarreamos ladrillos en una carretilla o apilando cemento. Durante la noche doy vueltas y más vueltas en mi cama decidiendo qué es lo que conviene hacer.

Y lo que conviene, lo que nos conviene, lo entienda Ángela o no, no es otra cosa que lo que acabo de hacer, enrollarme como médico. Eso es lo que soy, lo que sería de haber tenido oportunidad, de no haberse cruzado la guerra en el camino, un buen médico. En tierra firme o mar adentro, qué más da. El próximo paso es visitar mi despacho, o lo que sea que tenga un médico a bordo de un barco. Y hacerlo sin que la voz me tiemble ni la mentira, tan reciente, me traicione.

Me ayudaría saber que Ángela me apoya, pero por el momento no puedo esperar de mi hermana que acepte una decisión como la mía ni pedirle que aplauda lo que acabo de hacer. No lo hará. Está demasiado sola, no le queda nadie.

El tiempo acabará por darme la razón; así lo espero, por el bien de ambos.